

Noche en Jaizkibel

El sol se hundía en el inmenso océano. Aún estaban el cielo y el mar manchados de su sangre que, poco a poco, se iba diluyendo en las aguas grises e impetuosas del atardecer. Empezaba la noche en nuestro campamento de Capelo, en las faldas del Jaizkibel. Empezaba la hora de la magia. En cada tienda se encendían las tenues lámparas que parecían luciérnagas entre las enormes sombras que proyectaban las gigantescas rocas y paredes que forman la ensenada. Allá arriba, también en el cielo, iban asomando unas lucecitas. Se iniciaba el idólogo de los eternos enamorados: el mar y las estrellas; primero a base de guiños y parpadeos por parte de ellas y agitando aquél ligeramente sus aguas. Luego el mar, más juguetón y algo excitado, como queriendo alcanzarlas, se erguía más y más en su ansia y afán de querer atraparlas, fracasando una y otra vez en su intento, y tomando, al partirse en cada ola, el color avariento de la plata.

Mis compañeros se disponían a dormir. A mí me daba pena perderme este espectáculo de la ida y la venida de las olas de color plata y el coquetear de las estrellas. Empecé a andar lentamente bordeando los acantilados. Oía fuertemente a pino recién cortado, y en el aire flotaba un efluvio denso de humedad. Siempre huele igual en Jaizkibel. Andando, andando, fui acercándome a la cala denominada "El Molino". La curiosidad me encaminó hacia allí. La noche seguía de magia y algo "becqueriana". La ensenada estaba solitaria y bajé a una de las rocas que rodeaban la pequeña bahía. Se es-

taba bien allí. Sentándome, me arrojé en mi sira y encendí la pipa. La inmensa soledad y hasta las estrellas parecían decir al mar que se calmara y... sobrevino una placentera paz.

Luego me acerqué al caserón medio derruido del viejo molino y ahora sí, estaba seguro que oía el acompasado son de la piedra que, impertérrita, seguía con su "clan-clan", moliendo y moliendo. En esto, en una de las ventanas apareció una tenue luz, que al principio moviase de arriba abajo y luego de izquierda a derecha haciendo señales. Extrañado, me levanté creyendo que las señales iban dirigidas a mí, pero el rumor de unas lejanas voces y el acompasado bogar delataron a una barcaza que se iba adentrando lentamente en la bahía. De la barca fueron repetidas las mismas señales. Me escondí en un cañaveral al que un arroyuelo parecía acariciar y darle vida. La luna hizo su aparición, diluyendo algo el brillo de las estrellas cercanas a ellas. Un hombre saltó a tierra, sujetando la barca a una de las rocas. Chirrió la vieja puerta del molino, y en su dintel, rodeada de luz, apareció una muchacha rubia y hermosa que esperó a los marineros. Vino luego el trasiego. Uno, dos, hasta seis hombres, cargando enormes bultos sobre sus espaldas los portaban hasta la casa y los iban depositando silenciosamente a los pies de la hermosa moza. Parecían una cadena de esclavos llevando ofrendas a su reina. Detrás de ésta, estaba el anciano molinero que a duras penas iba

arrastrando una a una las cargas al interior del molino.

De pronto, un ruido enorme retumbó en la ensenada y me hizo despertar sobresaltado de mi sueño. Una enorme polvareda me rodeaba y según se fue despejando pude observar que las viejas paredes y el techo del molino acababan de derrumbarse.

El sol, rompiendo la niebla matutina, se irguió triunfante sobre las cimas. Allá en la lejanía me espabiló el tintineo alegre de una campana que invitaba a la oración. Después de lavarme en las limpias aguas del arroyo, empecé a subir al Santuario de Guadalupe.

Mi extrañeza fue grande al ver tanta gente alrededor de la iglesia. Aquello parecía una romería. De entre los pinares cercanos y por todos los senderos subía y subía gente. Era el primer día de la novena a la Virgen. El interior estaba muy iluminado y abarrotado de gente; ésta se agolpaba apiñada en el atrio y las puertas. Comenzó la Santa Misa y empezaron los cánticos del pueblo a su Guadalupe'ko ama. La verdad es que nunca he oído cantar con tanta fe. Los viejos marinos, mirando siempre a su Virgen, cantaban y cantaban sin cesar; las mujeres, apretando entre sus manos los rosarios, les acompañaban; las voces de los niños se oían también algo estridentes formando una grandiosa melodía. Más tarde, Don Elías entonó la Salve cantada en un euzkera no muy puritano. De cada letra que recitaba aquel magnífico orfeón partía una confesión de fe, de fe recia, de fe marinera, unida a una petición que al mismo tiempo era un himno grandioso de acción de gracias. Según iba oyendo aquella común plegaria me iba entrando una congoja que llegó a emocionarme cuando, puestos todos de hinojos, recitaban:

*Zure graziaren premian
Gu beti gera gertatzen
Zu bezelako beste amarik
Munduan ez det arkitzen...*

"Siempre necesitamos de tu ayuda y sabemos que no hay en el mundo una Madre como tú..."

Y entonces pude observar en las tostadas y arrugadas caras de los viejos mariñeles el recuerdo de más de un peligro, seguido de un gesto de agradecimiento a su Amacho. En varios ojos vi un brillo insólito, acompañado de unas lágrimas que nadie intentaba contener ni trataba de disimular.

Terminada la misa, lenta y ordenadamente, fueron saliendo. Yo permanecí un rato un poco absorto, hasta que marcharon todos. Aquellos versos quedaron grabados en mí. Me acordé luego de mis compañeros de Capelo, del Molino, y me dio pena no ver entre tanta gente al viejecito y a la rubia molinera.

RAMULEI.

